

á combatir, por lo cual los rusos habían podido librarse de caer en poder del maestre, que dos veces los había tenido en sus manos. Los caballeros diocesanos tenían el plan de proclamar nuevamente al arzobispo jefe del país, y en este punto estaban de acuerdo con los prelados. Cuando los embajadores se reunieron el día 28 en Wolmar con el maestre, éste solo les pudo comunicar malas noticias. De todas partes se imploraba auxilio: los labradores amenazaban pasarse con sus mujeres y sus hijos á los rusos, y el obispo de Dorpat escribía que si no acudían pronto á libertarle haría lo que no sería muy del agrado de la orden. En estas circunstancias y temiendo Plettenberg que este prelado se pasara á los rusos, tuvo que destinar una parte de sus ya escasas tropas á vigilar las fortalezas fronterizas de Dorpat. Plettenberg, poseído de indignación, clamaba contra los prelados y decía que cuantos menos hubiera en el país tanto mejor se encontraría la orden: «Son desleales —añadía— y aunque juren nueve veces, no cumplen sus juramentos.» Tampoco estaba muy seguro de los caballeros harriano-wirios, que se negaban á empuñar las armas para luchar fuera del país. La circunstancia de que su territorio era el que mas había tenido que sufrir del enemigo hizo que, como en anteriores tiempos, fijaran sus miradas en Dinamarca y que llegaran á amenazar con elevar sus quejas al gran maestre. A todo esto, ni acudían los auxilios de Polonia ni se realizaba la cruzada que había de dar por resultado arbitrar recursos pecuniarios para la guerra.

Las circunstancias eran á propósito para abatir el ánimo aun del hombre mas valeroso.

Así las cosas, fué una verdadera suerte que se pudiera respirar por algun tiempo por resultado de las dos mencionadas campañas. Habiendo fracasado el plan de los rusos de atacar á Narva, y mientras el maestre reunía con inusitada energía las fuerzas del país, entabláronse nuevas negociaciones con Prusia y con Lituania para conseguir un apoyo real y efectivo. Las contestaciones fueron bastante desconsoladoras, pues si bien el gran maestre ofreció enviar auxilios, aconsejó, por otro lado, que se firmara la paz con Rusia. En cuanto á Polonia, mostrábase como siempre pródiga en prometer, pero Plettenberg sabía que comenzaba á negociar con Rusia y que, si se hacia la paz, Livonia sería la víctima propiciatoria. En tales circunstancias, Plettenberg de acuerdo con el arzobispo resolvió tomar nuevamente la ofensiva.

A fines de agosto reunió sus tropas en Kirempa, las cuales, sin contar con la infantería, los labradores y el tren, se componían de 2,000 jinetes, que formaban el verdadero núcleo de confianza de sus fuerzas. La memoria del capitán de los siervos de Reval, que ha llegado hasta nosotros, explica de un modo satírico cuántos esfuerzos había costado poder reunir este escaso contingente. De los treinta y cinco carros de víveres que este capitán debía llevar al maestre, solo le llevó tres, pues el resto había retrocedido á mitad del camino, razón por la cual habían tenido que quedarse algunos siervos. A pesar de todo, el maestre se dirigió con tan escasas fuerzas á Pleskau, donde esperó «por tercera vez en vano» el auxilio de los lituanos.

Acerca de los sucesos que luego ocurrieron no existe, que nosotros sepamos, ninguna relación auténtica; pero además de algunas noticias sueltas que consignan las crónicas rusas contemporáneas, poseemos una descripción fidedigna en las llamadas *Schonen Historie* (historias bellas), que, con algunos recortes, vamos á reproducir:

«Cuando despues de varias escaramuzas los buenos señores llegaron delante de la gran ciudad de Pleskau y por tercera vez no vieron llegar á los lituanos, á pesar de sus promesas verbales, fueron hechos prisioneros por voluntad del Dios todopoderoso dos ancianos rusos de barbas grises y

conducidos, segun su propio deseo, delante del señor maestre de Livonia, á quien manifestaron — despues de haberles garantizado la vida — que el gran duque había decretado grandes reuniones de tártaros y rusos de todas sus comarcas. El pueblo se presentó, como se demostró despues, tan perfectamente armado que los rusos creyeron que no sería necesario luchar, pues sin desenvainar la espada se cogeria á todos los livonios, se les ataría y enviaria á su gran duque, procediendo luego á la conquista de la despoblada é impotente Livonia. Entonces el maestre reflexionó maduramente sobre ello y salió de Pleskau á campo abierto para observar á los rusos y oponerles resistencia, sin pensar ni un momento en el número de los enemigos, pues como Judas Macabeo y otros príncipes guerreros vencedores había puesto su confianza en el Dios todopoderoso. Cuando ocho días antes de la Exaltación de la Santa Cruz (12 de setiembre) llegaron los enemigos, el maestre con su pequeña tropa pasó por delante de éstos, los cuales admiraron su audacia y muy pronto cercaron por todos lados á los livonios. Durante el combate que se rompió por todas partes, alejáronse tanto que la infantería y los labradores livonios los perdieron de vista y creyeron que los señores y sus caballeros habían sido sorprendidos y hechos prisioneros y que pronto volverían los rusos para apoderarse de ellos.

»Entonces se vió que los diligentes señores y jinetes habían roto las filas enemigas, habían cargado con todas sus fuerzas tres veces sobre ellas y les habían puesto en fuga, regresando despues donde estaban los suyos, aunque, jinetes y caballos, de tal manera cubiertos de polvo y de sangre, que no se distinguía en ellos color alguno. Tan cansados estaban caballeros y caballos que no habían podido seguir persiguiendo al enemigo, pues á no ser por esta circunstancia hubieran proseguido la caza. Durante tres días esperaron en el campo de batalla para ver si se presentaba nuevamente el enemigo y poder entonces mejor combatirle. En esta batalla perecieron muchos rusos, no pudiendo, sin embargo, calcularse el número de ellos porque tienen la costumbre de llevarse consigo los muertos ó suelen en caso de una fuga precipitada arrastrarlos atándolos á las colas de sus caballos. Los livonios no tuvieron muchas bajas: el arzobispo hubiera seguramente caído en poder del enemigo, si el ilustre mariscal provincial, señor Juan Plater, viendo el peligro que le amenazaba, no le hubiera salvado con su bandera.»

Por fuentes rusas sabemos que la batalla se libró en el Smolina; que el mando del ejército ruso estaba confiado á tres príncipes Schuiski, al príncipe Ivan Gorbatoi y á un tártaro llamado Tabat Ulanoff junto con otros; y que una parte del tren fué destruida por los agresores de Pleskau. En lo demás están de acuerdo las descripciones, escritas desde campos enemigos y basadas en antagónicos puntos de partida.

Fué aquel un gran triunfo, y aun cuando la humilde superstición de los tiempos atribuyó la victoria al auxilio de Nuestra Señora, y el arzobispo ordenó que la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz se conmemorase en lo sucesivo como la de la Santa Pascua, no por esto quedó ofuscada á los ojos de todo el orbe católico la gloria de Livonia y de Plettenberg.

La victoria del Smolina libertó al país: doce mil rusos que se encontraban en Narva dispuestos á una invasión se apresuraron á retirarse. De modo que con solas sus propias fuerzas el maestre había derrotado al poderoso enemigo, pues los lituanos mas que aportar auxilios habían causado perjuicios no habiendo hecho por Livonia el sacrificio de un solo hombre.

Se equivocarian, sin embargo, los que creyeran que todo

peligro estaba ya dominado, pues todavía se preparaba una larga serie de años de tristeza y de ansiedad. Las primeras felicitaciones que se recibieron fueron las de aquellos que inmediatamente despues de Livonia debían recoger los frutos de la victoria de Plettenberg. El rey Alejandro escribió en 9 de octubre felicitando «por la destrucción y herida mortal de nuestro comun enemigo, y por la gloria caballeresca.» El gran maestre Federico dijo que se alegraba sobremanera de la hazaña caballeresca y de las faustas victorias. Pero los dos añadían una coetilla, Alejandro queriendo aprovechar el triunfo de Plettenberg para comprar una paz favorable, y el gran maestre aconsejando que Plettenberg entrara al propio tiempo en tratos con el monarca para firmar la paz con Moscou.

A Plettenberg le pesaba extraordinariamente la comprometida situación en que se encontraba: le repugnaba mendigar una paz del orgulloso gran duque de Moscou, que se había atrevido á injuriar al vencedor del Smolina, y no quería que el fruto de todos sus afanes fuese á parar á manos de los desleales lituanos. Pero si hubiese sentido alguna vacilación respecto de este particular, el curso de la dieta de los Estados livonios reunida en Wolmar el día de Reyes del año 1503 habría sido bastante para convencerle de que no le quedaba mas recurso que ceder. Sin entrar en detalles acerca de los debates de esta dieta, tan importante para la historia provincial de Livonia, será preciso indicar los puntos culminantes que se trataron si queremos entender la conducta ulterior de Plettenberg. Al fijar la vista en la narración contenida en la memoria de los diputados de Reval chocan desde luego la tristeza y la indignación del maestre: no parece éste el señor que despues de un brillante triunfo reúne á sus Estados, sino un hombre que ve fracasar la parte mas importante de su trabajo y que, poseído de cólera, reconoce que no puede romper las cadenas en que la fuerza de las circunstancias le tienen preso. Desde la primera audiencia que concedió á los delegados de las ciudades se quejó de que las de allende el mar, tan pródigas en promesas, hubiesen faltado de tal manera á su palabra, añadiendo que si Livonia pereciera por esta causa, sus hijos comprenderían bien esta deslealtad, y que solo le habían consolado las tres ciudades livonias, las cuales, sin embargo, hubieran podido hacer algo mas.

Cuando, despues de esto, expuso ante la asamblea en pleno las causas que le habían inducido á pedir al país que decidiera la cuestión de si debía buscarse la paz ó proseguir la guerra, observó muy especialmente que si no se había conseguido mas, era culpa del rey de Polonia, no del gobierno de Livonia.

Luego planteó ante la dieta, para que las resolviera, las tres cuestiones siguientes: 1.ª si se había de firmar la paz tal como el rey quería ó se había de seguir luchando; 2.ª si se había de enviar una embajada á Moscou, como el rey deseaba; 3.ª si se enviaba la embajada, qué peticiones formularía y quiénes serían los embajadores.

Los debates fueron en extremo acalorados, habiéndose decidido: 1.º firmar la paz, 2.º enviar una embajada y 3.º nombrar embajadores al canciller Juan Hildorp y á Claus Holshteter. La discusión acerca de las instrucciones que debían llevar estos emisarios produjo nuevas digresiones. La diócesis de Dorpat fué de parecer de que en las cartas de paz fueran mencionados en primer lugar los prelados como príncipes del país independientes, pero el maestre rechazó con «indignado valor» esta proposición, y aunque le costó mucho, logró restablecer en este punto la concordia. Por lo demás, ni Plettenberg ni el arzobispo se hacían ilusiones respecto del éxito de la embajada: no se consideraba imposible conseguir una paz para Polonia, pero se creía que Livonia

RUSIA, POLONIA Y LIVONIA

no sería en ella admitida; y por si llegaba este caso, se acordó invocar respecto de Polonia el texto del tratado de alianza. El arzobispo opinó también que podía suceder que el moscovita ni siquiera se dignara escuchar á los embajadores. Convínose finalmente en extender dos cartas credenciales dirigidas al gran duque de Moscou y al rey de Polonia y redactadas de manera que aparecieran escritas por el maestre en su nombre, en el de sus comandantes y en el de su país y por el arzobispo en el de sus prelados.

El país debía permanecer en pié de guerra hasta que regresaran los embajadores y el día de San Fabian (30 de enero) debían encontrarse los de Reval en Weissenstein, los de Riga en Wolmar, el arzobispo en su diócesis y la orden en la frontera. Para que no se perdiera ni un momento, los emisarios fueron despachados inmediatamente y en 19 de enero entraron en Pleskau; pero diez días despues aun no habían recibido ningun salvo-conducto y la memoria que remitieron al maestre hacia temer que el gran duque quisiera seguir luchando contra Livonia y que difícilmente se conseguiría una paz tolerable. De los desprecios de que fueron despues objeto en Moscou los embajadores livonios, hemos ya hablado al tratar de las negociaciones ruso lituanas. En cuanto á la impresión que en Livonia y especialmente en Plettenberg produjo aquella especie de paz mezquina que se ajustó por seis años, claramente aparece manifestada en una carta dirigida por él al gran maestre en 9 de mayo de 1503. «Por nuestros embajadores, — escribó Plettenberg, — que gracias al auxilio del Todopoderoso han regresado á nuestro lado, hemos sabido que han tenido que sufrir muchas contrariedades, ofensas é injurias por parte del gran duque de Moscou y de sus señores, á causa de la alianza entre la majestad real y nosotros que ha impedido que Rusia se apoderara del ducado de Lituania. Sin embargo, á fuerza de actividad y de trabajos se ha conseguido, en union con los embajadores de la real majestad, firmar una especie de paz por seis años, que aun no ha sido consumada, pues el día de San Pedro y San Pablo (29 de junio) debemos enviar á nuestros emisarios á Nowgorod para ratificarla. Segun nos han dicho nuestros embajadores, estos no han sido atendidos, aconsejados, consolados, auxiliados ni apoyados por los de la real majestad, sino por el contrario ofendidos por ellos, no habiendo logrado simpatía la gran lealtad y los auxilios que la real majestad ha recibido de nosotros y de estos países; por esto han tenido que firmar una paz desconsoladora, difícil, intolerable, de la cual no puede hablarse sin pena y por la cual el gran duque de Moscou conservará durante seis años todas las aguas, ciudades y castillos que ha arrebatado al principado. Nosotros y estos países, gracias á la ayuda de Dios, no hemos sido molestados y despues de todo conservamos las aguas y los territorios, pero nos es preciso permanecer en la frontera y hacer justicia á todos los que con razon se quejen. Y como los rusos suelen convertir la justicia en injusticia, hay que temer siempre una sorpresa de parte de ellos.» En esta misma carta manifiesta Plettenberg haber sabido que el rey de Polonia quería dirigirse con todas sus fuerzas contra el gran maestre para obligarle á rendirle homenaje y estaba dispuesto, en el caso de que no lo hiciera voluntariamente, á invadir la Livonia en són de guerra y á no cejar mientras quedara en el país el gran maestre ó un solo hermano de la orden.

De esta manera pagaba Polonia el auxilio que se le había prestado cuando se hallaba apurada; y aun cuando Plettenberg se mostró dispuesto á ponerse con todas sus fuerzas al lado de Prusia, ya se comprenderá que aconsejó que se temporizara para alejar todo peligro extremo, pues á pesar de la paz debía él estar constantemente en pié de guerra.

Segun estaba convenido, los embajadores livonios se dirigieron á Nowgorod, donde fué ratificada y jurada la paz de seis años, y sin embargo Plettenberg tenia el presentimiento de que la amistad no habia de ser duradera. Los debates de la dieta de aquel año y del siguiente no permitian abrigar duda alguna sobre el particular, habiéndose aquella disuelto despues de convenir en que si los rusos invadian el país, todos se encontrarían en un lugar previamente designado. Por lo demás, Plettenberg trabajaba con energía y decision para remediar los males que los últimos años de guerra habian ocasionado. Formuláronse duras quejas contra los que á pesar de la prohibicion decretada habian enviado desde Reval ó desde otros puntos géneros á Wiborg, «que servian para envalentonar á los rusos y para robustecer el poderío anticristiano.» El maestre declaró que si esto se repetía, sabia proceder por sí mismo, lo cual significaba que aplicaría el derecho de guerra.

También hizo notar el maestre que Lubek habia prometido que los anseáticos enviarían á Narva sus siervos, no obstante lo cual habia faltado á su promesa y obrado como si los señores de la órden y los caballeros fuesen sus jinetes y mercenarios. El maestre y el arzobispo rechazaron de comun acuerdo la tentativa hecha por Riga de aprovecharse de tan críticas circunstancias para rehuir los compromisos contraídos. Los de Riga no querían aceptar el gran preboste que se les habia designado y se negaban á reconstruir, conforme lo prometido solemnemente, el castillo de la órden, manifestando que estaban dispuestos á proporcionar cal, piedra y dinero pero no á levantar el edificio. Además Riga disputó al arzobispo el derecho de disponer del establecimiento. Poca importancia se habria dado á este asunto si no hubiese sido un indicio de que volvía á recrudescer la resistencia de la poderosa ciudad, y Plettenberg sabia muy bien por experiencia propia cuán peligroso y cuán inconveniente podía ser esto. Era, pues, preciso proceder con toda energía, porque de lo contrario eran de temer males mas graves.

Por esto en 3 de abril el arzobispo Miguel dirigió desde Ronneburgo una amenazadora carta á Riga en la que, despues de hacer constar la completa armonía que reinaba entre él y el maestre en punto á las cuestiones del tratado de Kirchholm, pedia en términos enérgicos el cumplimiento de lo estipulado, amenazando con que, de lo contrario, los condenaría y publicaría en las ciudades wendas y en otras sus nombres como nombres de perjuros y si esto no bastaba haría uso de su espada espiritual *cum censuris*. La carta terminaba con las siguientes palabras: «Vosotros quereis fabricar para cada tonel una nueva bebida y no podeis mantener la paz sino que buscáis el descontento y el disgusto, como de un modo manifiesto se ve en el presente caso. Demasiado tiempo hemos sufrido por causa vuestra... cuanto mas amistosamente nos presentamos á vosotros, tanto mas *contrario* os mostrais. Abandonad, pues, esta actitud y dejad á cada uno lo suyo.»

Tampoco el maestre se mostró dispuesto á dejar impune la pérfida conducta de los caballeros harriano-wirios, los cuales fueron obligados, para el caso de que se acordara hacer una campaña comun, á ponerse sobre las armas y á presentarse delante de los enemigos como los demás elementos del país. Se perdonó á los caballeros que en la última guerra no habian aportado ni hecho aportar por otros los servicios de sus bienes feudales (es decir, no habian prestado el servicio militar), pero se acordó que en caso de reincidencia perderían irremisiblemente sus feudos. Finalmente se adoptaron medidas para proteger á los labradores y se advirtió al clero que atendiera á la cura de almas de la poblacion rural mas

de lo que hasta entonces lo habia hecho. El arzobispo, que se adhería por completo á los pensamientos del maestre, hizo entrever la reunion de un concilio provincial, pero no habia llegado para éste la ocasion oportuna.

Entretanto el comercio sufría las graves consecuencias de la crisis mercantil producida por el cierre del albergue nowgorode y aumentada durante los años de guerra. La ciudad de Riga era proporcionalmente la que menos padecía, pues su favorable situacion junto al Duna hacia que sus horizontes se extendieran mas bien hácia el Sur y el Este que hácia el Norte. En cambio, Reval y Dorpat eran las que mas perjudicadas se veían. El gran duque de Moscou habia prohibido, aun durante los seis años de la paz, todo comercio con los anseáticos y en su consecuencia se habian abierto nuevas vías mercantiles que beneficiaban especialmente á Finlandia, Suecia y Lituania, mientras que las casas de comercio de Reval y de Dorpat, antes tan florecientes, comenzaban á arruinarse. Temiase allí, y no sin razon, que «en aquellos seis años fuese arrollada y destruida la factoría de Nowgorod.» La gente de las ciudades se hacia, sin embargo, ilusiones acerca del objeto final de la política moscovita, no queriendo comprender que á ésta le interesaba ante todo destruir la influencia de las ciudades anseáticas y obtener para sí el comercio directo con el extranjero. Mientras se entablaban infructuosas negociaciones con los prefectos de Nowgorod, los cuales admitían los regalos que se les hacían, pero no daban mas que contestaciones evasivas y desdenosas, y mientras se procuraba, aunque en vano, conseguir el cierre de los caminos mercantiles que conducían á Lituania y á Wiborg, cada dia iba disminuyendo la prosperidad de Dorpat y de Reval. Los registros municipales de Reval demuestran que en aquel año quebraron muchas importantes casas de comercio, otras se retiraron de los negocios, y presentábase inminente la ruina, si no se ponía pronto remedio á este estado de cosas. En tal situacion, se resolvió dejar á un lado por de pronto la cuestion de la reapertura de la factoría de Nowgorod y ver si era posible conseguir, por mediacion del maestre, pues Moscou no queria entenderse con embajadas municipales, la traslacion del depósito de géneros rusos á Narva y á Dorpat y abrir de nuevo estas ciudades á los anseáticos. Inútil era pedir una contestacion á Moscou, pero la necesidad real y positiva del tráfico mercantil mutuo se dejaba sentir en ambas partes con tanta fuerza, que la prohibicion decretada fué eludida en grande escala. Mientras el gran duque mandaba construir mas edificios en Iwanogorod para fines mercantiles y se ocupaba especialmente en concentrar allí el comercio sueco, hacíase entre Narva y Nowgorod un considerable contrabando; Reval y Dorpat encontraban medios y caminos nuevos para dar vida al tráfico mercantil, exponiéndose á grandes riesgos pero con probabilidad de mayor ganancia proporcionada á ellos. En 1508, vemos á Pernaú y á Riga enviando sus géneros á Dorpat para venderlos allí á los comerciantes rusos: Dorpat recibía un *ferding* por cada operacion de 100 marcos. Estas variaciones que ocurrían en el mundo mercantil estaban íntimamente relacionadas con la gran política que las imponía. El gran duque de Moscou, que era entonces Wasili Iwanowitz, pretendía dos cosas: primera y principal, que Livonia abandonara la alianza con Lituania, y segunda la intercesion directa de poderosos potentados en pro de Livonia, esto último para hacerse agradable á los mediadores y poder exigir de ellos servicios recíprocos. A consecuencia de esto encontramos en Moscou en 1504, 1505 y 1506 embajadores imperiales que imploraron especialmente la libertad de los infelices prisioneros livonios: Wasili estaba dispuesto á concederla, pero solo á cambio de un elevado rescate, razon por la cual hizo

CAPITULO XIV

GOBIERNO DE PLETTENBERG HASTA LA REFORMA

decir al embajador imperial Jodocus de Gertingen: «Si Maximiliano, el rey de romanos, firma con nosotros alianza de amor fraternal entrando en ella amistosamente y despues de besar la cruz, como se hizo en tiempo de Iwan, nuestro padre, emperador de toda la Rusia y gran duque de Moscou por la gracia de Dios; y si el maestre livonio y el arzobispo y los obispos y toda la Livonia se separan de nuestros enemigos, los lituanos, y prometen ser justos en todo, enviando emisarios á Nowgorod la Grande, nuestra herencia paterna, á nuestros gobernadores de Nowgorod y á nuestra herencia paterna de Pskow, nosotros por consideracion á su sumision y á su enmienda y por deferencia á Maximiliano y á otros, ordenaremos á nuestro gobernador de Nowgorod que haga la paz con los livonios en lo que se refiere á nuestra herencia paterna de Nowgorod y Pskow, en lo que sea justo, y pondremos en libertad á los prisioneros.»

Mientras Rusia pedia de esta suerte el rompimiento de la alianza de los livonios con Lituania, Polonia se ocupaba, sin poder un momento, en promover una ruptura entre Livonia y Moscou. En 1506, en 1507 y en 1508, el maestre recibió proposiciones, primero de Alejandro y luego de Segismundo, que invocando el auxilio de los tártaros de Perekop y el de Kasan tendían á dicho objeto. Como entonces precisamente la tirantez entre el gran maestre y la órden tomaba un carácter cada dia mas funesto, Plettenberg y el gran maestre celebraron el cuarto domingo de cuaresma de 1507 una entrevista, y convinieron en que para el caso de que Prusia se viera atacada por Polonia, ó Livonia por los rusos, se auxiliarían recíprocamente con todas sus fuerzas. Acordaron que Livonia no quebrantaría por su parte y en ninguna circunstancia la paz con Rusia. Análogo acuerdo adoptó la asamblea de comandantes livonios de la órden que á principios de 1508 se reunió en Ruyen; y en junio del propio año, en la dieta de Wolmar se convino por unanimidad en reconocer como buena la política del maestre. El rey Segismundo habia enviado á Livonia á un canónigo de Wilna y al capitán de Kowno, encargados de formular verbalmente su peticion; pero por acuerdo unánime se contestó á los embajadores que la alianza con el rey Alejandro, en la que Livonia habia puesto toda su sangre y toda su riqueza, habia sido muy poco agradecida, y que apartarse á la sazón de la paz por seis años firmada con los moscovitas seria cosa contraria á Dios, al honor y al derecho, añadiendo que una vez transcurrido el plazo de la paz, podría firmarse una alianza con Lituania y contra Rusia, siempre que el rey ofreciera suficientes garantías de que llegado el caso cumpliría sus promesas. Plettenberg manifestó con entera franqueza los motivos que le obligaban á mantener esta actitud resueltamente negativa. Polonia se proponía enredar cuanto pudiera á Livonia en los asuntos de Rusia, para de esta suerte poder atacar á la aislada órden teutónica de Prusia.

Por lo demás, esta decision, única legítima, no era tan clara como algunos podían suponer. Era de temer que Polonia-Lituania abandonara la alianza con Livonia á consecuencia de esta negativa, y que en caso de un ataque por parte de Rusia, Livonia se encontrara de nuevo reducida exclusivamente á sus propios recursos. Entonces precisamente se concentraban tropas en Nowgorod, lo cual legitimaba los mas graves temores: Plettenberg, por tanto, escribió á los príncipes Wasili y Danilo Wassilyewitz (Schniski), que se encontraban en Nowgorod, pidiéndoles explicaciones sobre aquellos aprestos y declarando resueltamente que, por su parte, queria mantener la paz, y al propio tiempo solicitaba un salvo-conduto para una embajada que deseaba enviar á Moscou, en vista de que faltaban pocos meses para la expiracion de los seis años de paz estipulados.

Imposible es formarse una idea exacta de las grandes dificultades interiores y exteriores con que tuvo que luchar Plettenberg. A pesar de todos sus esfuerzos, poco habia podido hacerse para que Livonia no se encontrara completamente aislada ante el peligro de guerra que la amenazaba. La tan deseada cruzada habíase realizado por fin en 1508, y por este medio pudo esperarse que se obtendrían los recursos pecuniarios indispensables para la lucha que pudiera estallar. Sin embargo, Livonia no contaba con mas amigo que Prusia, que á su vez se sentía amenazada. Polonia habia comenzado á entablar negociaciones de paz con Wasili; pero todas las tentativas que se hicieron para saber de antemano qué era lo que Rusia pensaba hacer, fueron completamente infructuosas. En enero de 1509 escribia Plettenberg: «Temo una traicion de los moscovitas.» En 17 de enero partió para Moscou la embajada que habia de tratar del asunto de la paz. Plettenberg envió al experto Juan Hildorp y á su canciller Juan Oldensee, los cuales consiguieron en 25 de marzo concertar una paz por catorce años, á reserva del «beso de la cruz» y de la ratificacion del tratado por el maestre y el arzobispo. Pocas veces habia sido tan necesaria la paz, y pocas veces también fué tan general como entonces el descontento que produjo aquel tratado, tal como entonces se hizo. Polonia veía fracasados sus planes, las ciudades anseáticas no podían llevar con paciencia que para nada se hubiese pensado en ellas; al emperador y al Papa habia que darles explicaciones acerca de la necesidad de la paz; la diócesis de Dorpat, cuya mencion intencionadamente habia sido omitida en el tratado, recordaba con temor que el gran duque ya en 1503 habia pretendido toda la diócesis como herencia paterna, y quien conociera la tenacidad de la política rusa no podia dudar de que esta pretension no seria nunca formalmente abandonada y que resucitaría tan luego como se presentara una ocasion propicia. Por último, las ciudades livonias pensaban que se les habia perjudicado extraordinariamente en sus intereses mercantiles.

En esta disposicion de ánimo reuniéronse las ciudades, por órden del maestre, en Wenden el 22 de julio de 1509.

El maestre manifestó francamente que la paz era mala, pero dijo que habia habido necesidad de aceptarla, porque el país no estaba dispuesto para la guerra, y que hubiera sido de todo punto imposible satisfacer los deseos de todos. Añadió que se le habia injuriado de palabra y por medio de acciones ofensivas por haber renunciado á la alianza con Lituania, lo cual no era así, pues él no habia hecho mas que no prolongarla, porque así, dentro de dos años, es decir, transcurrido el plazo de la alianza, recobraría su libertad de accion y podría aliarse con quien quisiera. Hildorp expuso luego el curso de las negociaciones diciendo: que cuando el gran duque de Lituania le pidió que se obligara Livonia á no apoyar á Polonia, él, Hildorp, habia pedido como compensacion que Rusia no auxiliara ni al rey ni á ningun otro enemigo de Livonia, á lo cual se le habia contestado altaneramente que el gran duque no pensaba auxiliar á nadie ni necesitaba auxilio de nadie mas que de Dios, y que sus fuerzas le bastaban para vencer á todos sus enemigos. Hildorp añadió que lo que mas habia dificultado las negociaciones de paz, habia sido que Wasili persistía en afirmar que él nunca se habria apartado del «beso de la cruz,» pero que Livonia se habia portado de una manera punible.

La paz, concluyó Hildorp, que los embajadores tenían en cargo de concluir á toda costa, no se habria firmado si los